

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

EL AÑO NUEVO.

(Continuacion.)

¿Qué esperan ó que se prometen de una vida estéril para el bien, solo fecunda en pensamientos inútiles, y afeada por la culpa?

Viajeros extraviados se pierden en afanes prolijos, hasta que llega la muerte y con su voz de huracan les dice: *es preciso partir, y partir para la eternidad.* Y al punto comparecerán ante el tribunal de Dios con las manos vacías de buenas obras. ¿Qué sentencia les tocará? ¿Cuál será la suerte de estos hombres? Dispararon los dones de Dios, pasaron la vida en tejer telarañas, emplearon el tiempo en cosas ajenas á su eterna salvacion, y está escrito que su destino eterno será el fuego, y las tinieblas, y los horrores sempiternos.

Esta misma suerte tocará á los perezosos á los que *nada hacen* para merecer los goces eternos de la gloria.

Ahora es el tiempo y la sazón. Ahora es tiempo de sembrar virtudes para cosechar galardones, en dias eternos. *Tempus faciendi.* Esto decimos segunda vez á los que viven en la ociosidad espiritual, á los que *nada hacen* en orden á su salvacion. El hombre con pereza, ha dicho nuestro Balmes, es un reloj sin cuerda. Yo veo que las gentes se mueven, se agitan, se afanan, hasta se sacrifican, hasta se desangran, por los intereses materiales. Yo veo que los hombres despliegan una actividad febril, y ponen á contribucion todas sus energías, y se atropellan unos á otros en las avenidas de la fortuna como si hubiese de faltar el sol á sus mi-

radas, el pan á su boca y el agua á su sediento lábio.

Pero estos hombres tan activos para las cosas de la tierra, *nada hacen*, no dan un paso en el camino de la virtud, ni aun dirigen una mirada á su pátria que es el cielo. Y yo les digo: á los sábios que promuevan y dirijan el movimiento científico; á los literatos que difundan la verdadera ilustracion y perfeccionen la literatura pátria; á los artistas que acrecienten el gracioso caudal de las artes; á los comerciantes que hagan prosperar sus negocios; á los industriales que mejoren sus industrias; á los agricultores que pidan á la tierra como galardón de sus afanes abundantes cosechas de doradas espigas y sazonados frutos, y á todos los hombres que se procuren con su trabajo el bienestar, las comodidades y todos los goces legítimos; pero entiendan que todo esto es vanidad de vanidades si olvidan su eterno destino. *Hoc oportet facere et illa non omittere* (1). Bueno es cultivar los campos, las artes, las letras y las ciencias; bueno es acrecentar los bienes terrenos, y procurarse por medios honestos comodidades y placeres no prohibidos: todo esto es bueno si no

se busca como fin último, si se usa como Dios manda, si se ordena á la gloria de Dios, y á la consecuencia de la vida eterna. ¿Qué aprovecha al hombre el talento, la riqueza, la ciencia, la posesion de todo el mundo si pierde su alma? Todo lo que el hombre hace en esta vida, sino le sirve para alcanzar la eterna vida, no es otra cosa que vanidad de vanidades, y afliccion de espíritu. El reino de los cielos, dice San Agustín, es venal. ¿A qué precio podemos comprarlo? Y responde el Santo Doctor: Compramos con la pobreza un reino, con un dolor pasajero un gozo eterno, con un trabajo liviano un descanso perpétuo, con una vil moneda un peso inmenso de gloria, con la muerte temporal la vida de la eternidad. *Paupertate regnum, labore requies, vilitate gloria, morte vita* (2). Ahora ¿cómo podrá lograr la eterna dicha el que por un desórden lamentable de su conducta convierte lo accesorio en principal, lo temporal en eterno, poniendo su último fin en las criaturas, y buscando lo primero, no el reino de Dios y su justicia, sino los bienes caducos y mezquinos de la naturaleza? Esto es perder el tiempo, y perder la

(1) Matth. XXIII, 23

(2) In Psal. 91.

eternidad. Esto es *no hacer nada*, malversar el tesoro del tiempo, mirar con los brazos cruzados el curso de los meses, de las semanas, de los días y las horas sin dar un paso en la senda de la virtud, sin proveerse de buenas obras para merecer las eternas recompensas. Pasan la vida sin hacer cosa alguna provechosa, laudable, y meritoria, y plegue á Dios que no abusen del tiempo para atesorar pecados y malas obras. Porque no son pocos los que así se labran su eterna perdición. Analicemos, y quedará demostrado el último punto.

Lleno está el mundo de ódios y rencores, de codicias y ambiciones, de soberbias y voluptuosidades. Preguntemos al año que acaba de espirar, y nos responderá por la voz de los hechos que todos los pecados se han paseado como en triunfo por las calles y las plazas, y que se han convertido en espantosas realidades todos los vicios de la fábula. No tenemos valor para pintar el cuadro de nuestras costumbres públicas y privadas. Renunciamos á la ingrata tarea de reseñar los desórdenes y corrupciones que han deshonorado nuestra vida en el año que acaba de fenecer. Fuera de un corto número de virtudes y buenas obras, ocultas

de ordinario á las miradas del mundo ¿qué hemos visto en el año último sino pecados y obras de pecados? La blasfemia y la palabrería impia, la calumnia y la venganza, la disolución y la impureza, la violación pública de la ley de Dios y la profanación de las fiestas, y otros mil desórdenes se han cometido á la faz del cielo y de la tierra con una frecuencia que espanta y con un cinismo que horroriza.

No se piensa ni se medita de corazón. Por eso está desolado el mundo; desolado por las pasiones desenfrenadas, á manera de campiña devastada por las tempestades. De aquí la apremiante necesidad de borrar por medio de la penitencia los pasados desórdenes, y emprender una vida nueva, inspirada en el espíritu católico y ajustada á la ley de Dios, ley inmaculada, luminosa, y santificante que metamorfoséa las almas, y transfigura las sociedades.

Redimid el año pasado, tiempo perdido en la ociosidad espiritual, en ocupaciones inútiles, ó por ventura en desórdenes y pecados; rescatad ese tesoro que habeis perdido con tanto daño de nuestros intereses espirituales y eternos; rescatadlo con la penitencia, con un pesar verdadero

de tan sensible pérdida, con el principio de una nueva vida, con el firme propósito de no retroceder en el camino de la virtud con la esperanza de vencer, mediante el auxilio divino, todas las dificultades y ceñir un día no lejano la corona de la inmortalidad.

Z. M.

VARIEDADES.

El árbol de Navidad.

(Conclusion).

—Y tú, muchacho, de qué parecer eres? Vamos, confíesalo, todos los placeres ruidosos de la gran ciudad no valen los que tu encuentras aquí.

—Esto depende...

—De qué? dijo Seligmann, visiblemente contrariado.

—De las costumbres que se adquieren. Antes de dejar Strasburgo, no concebía que se pudiese celebrar la Navidad de otra manera que yendo á la Iglesia y cenando en familia. En París no podía improvisar yo solo comidas de familia, busqué amigos y, á fé mia, les seguí á donde iban.

—Y no á la iglesia, hel

—Julio no respondió: interin, se sentó á la mesa, pero era evidente que iba á començar la discusion entre el tio y el sobrino; uno y otro querian empeñar la batalla. En vano las dos mujeres trataban de conjurar la borrasca, que estalló de repente.

—Has ido á ver el hermoso nacimien-

to que está expuesto en la catedral? preguntó Seligmann á su sobrino.

—Cuando se ha podido admirar todas las hermosas cosas que he visto en París, no se tienen deseos de incomodarse para ir á ver un juguete: esto se deja para los niños.

—Pero si no se va por curiosidad, se hace por devocion; yo he rezado con todo mi corazon ante ese nacimiento.

—Pues yo rezaria mejor en otra parte. Todas estas pequeñeces me molestan. Cuando quiero pensar en Dios, miro al cielo; este espectáculo eleva mi alma de otra manera que vuestros nacimientos.

—Entonces para qué sirven las iglesias?

—Cada uno es libre de rezar donde quiere, las iglesias están abiertas á los que quieren entrar en ellas.

—Y tú no eres de ellos?

—Sí, alguna vez, cuando tengo necesidad de calma; pero no durante los oficios, se hace entonces demasiado ruido.

—Pobre muchacho, tu perteneces segun lo que veo, á la famosa religion de las honradas gentes que dicen que hay un Dios y no quieren buscar mas lejos... Triste religion esa!... Se puede permitir todo cuando no hace falta nada... Pero si se tiene necesidad de ayuda ó de consuelo, buenas noches!...

—Prefiere V. mejor creer lo que le dicen los sacerdotes, que Dios vigila sin cesar y que estais expuesto de continuo á cometer pecados y caer en el infierno?

Cuanto me dicen los sacerdotes, tienen la mision de decirlo; además, si me advierten que es fácil pecar, me indican los medios de no caer, ó de levantarme, si caigo.

—Esta es vuestra opinion; no trato de convencer á usted.

Seligmann en vano procuró calmarse: estaba indignado.

—Sé perfectamente, desgraciado, por qué no procuras quitarme la fé: es que desconías de alcanzarlo. Pero si cayera en tus manos un hombre menos experimentado que yo, mas fácil de ser seducido, te esforzarías en hacerlo tan culpable como tú para disculparte á tus propios ojos. Pues bien, esto es infame y no conozco peor ladrón que el que roba á un hombre sus creencias: le quita su apoyo, su consuelo y su luz.

—¡Cuánto fanatismo! murmuró Julio.

Esta última insolencia acabó de exasperar á Seligmann.

—Mi buen Federico, dijo á su cuñado, me es sensible darte un pesar, pero no puedo impedírmelo. Tu hijo es un hombre demasiado peligroso para que deje yo al mío que se trate con él. A partir de mañana, Federico, mi hijo no puede ir á trabajar á tu casa. Ni él, ni yo, ni ninguno de esta casa, olvidaremos vuestras bondades; pero es joven y tiene necesidad de guardar intacta su fé; no retrocedería ante nada por conservar tan precioso tesoro.

—Tienes razón! dijo Federico, que era débil, pero recto y honrado.

Además conocía á su hijo y temía desde un principio el resultado de la primera entrevista del tío y sobrino.

Julio hizo vanos esfuerzos para animar la velada, que continuó triste y terminó temprano.

—A pesar de lo que ha pasado dijo Seligmann no dejaremos de ser buenos amigos.

Sí, sí, respondió Federico. Pero no contaba con su mujer y su hijo. Aquella, antes de llegar á su casa, extraviada por su orgullo maternal, declaró que no volvería á poner los piés en casa de su cuñado.

Durante los dos años siguientes, solo Federico visitó á su hermana y á Seligmann y á menudo les refirió sus pesadumbres, que llegaron á ser crueles.

Julio trataba mal á los antiguos parroquianos, porque los encontraba *cursis*; iba al café y al teatro; trabajaba y hacia trabajar en domingo; trataba á su padre como si éste fuese un niño grande; lo revolvía todo en la casa y faltaba continuamente á las consideraciones debidas á su madre, pero ésta no se atrevía á quejarse.

Llegó un día en que el padre, despues de una violenta discusión con su hijo, vió que no era posible continuar así; abandonó su casa á Julio y se retiró á la de Seligmann. Su mujer le siguió sin dificultad, porque se habia desengañado al fin de su loco amor á Julio.

Viéndose solo, Julio se entregó por completo á los negocios y á los placeres. Esta manera de obrar no le dió el menor acierto. Muchos de sus parroquianos le abandonaron y su salud se perjudicó; se hizo perezoso y se aperció de que la incredulidad no le reportaba mas que falsos gozes, mezclados de tristezas penetrantes y de remordimientos aun mas penetrantes.

Tenia un corazón mas extraviado que malvado; Dios tuvo piedad de él y permitió que se casara con una hermosa joven sin ninguna fortuna pero piadosa.

Fiel narrador, no puedo hacer los caracteres mejores de lo que son: Federico y su mujer heridos por Julio en lo mas vivo, no asistieron á la boda: aun debo añadir, que si les gustaba la piedad de su nuera hubieran querido que á tan preciosa cualidad hubiese unido un poco de fortuna.

¿Halló Julio la dicha en su matrimonio?

No: solo los buenos maridos son maridos amables y dichosos. Julio tenia muchos defectos para asegurar la dicha de su mujer y la suya. Pero su mujer no se desanimó, porque amaba á Dios y á su marido. Resolvió soportarlo todo é intentarlo todo para desengañar á Julio y probarle que seguia un camino falso á todas uces.

Ah! se decia ella, si yo no estuviese sola para dirigir esta empresa tan difícil! Si Julio consintiese en hacer las paces con sus padres.

Pero Julio, cada dia mas grave y mas entonado, no queria oír nada referente á este asunto; su orgullo se sublevaba á la sola idea de humillarse.

Las cosas se hallaban en tal estado, cuando la tarde del 24 de Diciembre, despues de pasados dos años, Julio entró en el comedor para cenar y vió á su pequeña hija, hermosa niña de 20 meses, á quien amaba con todo su corazón, dirigirse hácia él lanzando gritos de alegría y arrastrarle al rincon de la estufa.

Allí, como en otro tiempo en casa del tío Seligmann, estaba dispuesto el árbol de Navidad; el niño Jesús, la Santísima Virgen, San José y los animales históricos, nada faltaba en el cuadro. Era el nacimiento, era el árbol de Navidad, tal

como Julio los habia visto tantas veces en la casa de sus padres.

—Y esta vez lo veía en su misma casa, dispuesto por las manos de su mujer y para la alegría de su hija.

Una satisfaccion indecible se apoderó del corazón de Julio; volviése para ocultar dos lágrimas, y tomando el sombrero, dijo á su mujer:

—Aquí falta algo: voy á buscarlo...

El sonido de su voz era tan expresivo y su mirada tan rara, que la jóven quedó indecisa y temblorosa.

Su temor aumentó al ver que Julio tardaba en volver. Jamás habia esperado con tanta ansiedad.

Por fin, sonó ruido de pasos en la escalera y entró Julio, seguido de su padre, de su madre, de su tío y de su tia.

¡Aquí teneis á mi mujer y á mi hija, les dijo: Abrazadles! Ellos son los que han hecho entrar esta tarde el arrepentimiento en mi corazón y me han vuelto á vosotros. Ahora que ya os he pedido perdon, ahora que vosotros me habeis devuelto vuestro cariño, procurad que vuelva á ser lo que era antes, un buen cristiano. Malditos sean los falsos amigos que me alejaron de Dios! Todas las satisfacciones que El no preside son satisfacciones tristes, así lo he reconocido.

—No maldigamos á nadie, dijo el tío Seligmann, esto seria corresponder mal á la bondad de Dios; que te vuelve hoy la fé y la dicha. Roguemos por los que aun no lo conocen y regocijémonos porque disfrutamos una hermosa Navidad, la mas hermosa de mi vida.

CARLOS DUBOIS.

LA MUJERCITA

(Esbozo de una conversión.)

Juan Mayoral es hoy en día un labrador avencindado en un lugarcillo situado en una de las provincias occidentales de España, en el cual me daba él mismo, no hace mucho tiempo, testimonio de la verdad de esta relación.

Cuando se casó con Lucía, bizarra y hacendosa mujer que, según dicen en el lugar, *sabía hacer de un cuarto una peseta*, reunieron entre los dotes ambos un *principalito* regular, con el cual, bien administrado, habrían tenido un pasar decente; pero por desgracia, Juan Mayoral, después de casado, resultó ser un mal trabajador, indolente y vicioso, que se pasaba en la taberna jugando al *rentoy* el tiempo que debía invertir en cuidar de su hacienda.

De aquí que nada le saliera bien. Sembraba trigo y le nacían malas hierbas; las vacas, escuálidas por el abandono de su dueño, daban á luz becerros muertos; un atajillo de ganado lanar que tenía se le llevó la epidemia variolosa, y una punta de cerdos, que bien atendida hubiera podido sacarle de sus apuros, pereció por haber comido raíces venenosas, Juan Mayoral se *atrancó* y embarcó de todo punto, completando la usura la obra de su morosidad.

Las contrariedades de su fortuna agriaron su carácter, volviéndole atrabiliario y feroz; y para colmo de desdichas sufrió una que remachó el clavo de todas, y fué la de perder á su esposa Lucía, mujer superior y santa, cuyas virtudes tenían la eficacia de imponerse á los

instintos brutales de su marido, consiguiendo de él moderaciones relativas.

Quedó, pues, viudo Juan Mayoral, padre de tres niños: Rosa, Pedro y Antonio, de once años la primera y de nueve y ocho respectivamente los segundos; y así que se vió solo con aquellas tres criaturas semihuerfanas, lejos de contenerse, dió rienda suelta á sus desenfrenados apetitos, gastando en la taberna lo poco que tenía, y condenando á sus pobres niños á llevar una vida de perros.

La llamada *gloriosa* revolución de Setiembre había inundado ya con los torrentes de sus inmundicias á ciudades villas y lugares, dejando en ellos fétidos sedimentos, que no se orearon en el período de la restauración; y en el lugarcillo donde vivía Juan Mayoral se instauró un club, sucursal de las lógicas, cuya presidencia y dirección desempeñaba un comerciante tronado, el cual costeaba dos ó tres suscripciones de periódicos impíos, cuyas porquerías y obscenidades, comentadas por aquel energúmeno, hacían las delicias de algunos jornaleros que se congregaban en su casa á blasfemar de Dios, á maldecir á los ricos y á esperar *la gorda*.

Juan Mayoral ingreso en aquella caricatura de club, y pronto fué uno de los más aventajados adeptos del horripilante cabildo. Porque creyendo á pié juntillas las sacrilegas imposturas de los periódicos ateos y absorbiendo los tósigos de sus malas doctrinas, se hizo el hombre más impío del mundo, hasta el punto de prohibir á sus hijos que fueran á la iglesia y que en su casa rezasen ninguna oración.

Echando á Dios la culpa de su mala suerte, producto de sus ócios y de sus iniquidades, fué tal el aborrecimiento que tomó á las cosas religiosas, que el alcalde del pueblo le tuvo que arrestar veinticuatro horas en la cárcel por haber hecho alarde de su irreligion ante el Santo Viático, poniéndose el sombrero cuando pasaba á visitar á un enfermo. Cuando salió de la cárcel, despues de cumplir tan ligerisima pena, corrió frenético á su casa, donde hizo pedazos todas las estampas y símbolos religiosos que habia en ella, diciendo á sus pobres niños que al primero que le oyera rezar un *Padre nuestro* ó mentar el nombre de Dios, le habia de sacar una tira de pellejo que le cogiera desde los piés al colodrillo. El demonio habia tomado posesion plena de de aquella alma, y sin un milagro del cielo era imposible rescatarla de su infernal cautiverio.

Como Rosa contaba ya once años y los ingresos de la casa no daban siquiera para mal comer, tuvo que *apencar* y ponerse al frente del gobierno de ella, haciendo anticipadamente los oficios de una mujer. Y tan buen despacho dió de ellos, que al verse en el lugarcillo las felices disposiciones de aquella niña para conjurar las desgracias domésticas, no tardaron sus habitantes en apellidarla *la mujercita*, apodo que se la quedó para siempre, y con el cual se la designa hoy, allí donde no hay cristiano á quien no se le conozca por el mote, mejor que por el nombre de pila.

Discípula aventajada de la excelente maestra del lugar, que enseñaba lo útil y huia de lo supérfluo, salió de la escue-

la sabiendo leer muy bien y escribiendo medianamente; pero lo bastante para sus cortas necesidades, siendo en las labores de aguja una niña sobresaliente, que se habia distinguido en los exámenes públicos por sus primorosas obras.

El lugarcillo estaba maravillado de ver cómo se las componia aquella pobre niña, aquella *mujercita* de once años, exhausta de recursos, para tener su casita limpia como el oro y traer á su padre y á sus dos hermanos tan aseados, tan cosidos, tan remendados, que siendo sus vestidos unos trapos viejos tenian siempre el *ver* de una ropa decente. Y aun con ser esto un milagro, ó poco menos, todavía no sabian en el lugarcillo de lo que era capaz aquella niña, pues sus mejores obras permanecian inéditas.

Como Juan Mayoral tuvo que atenerse á ganar un jornal y á sembrar *pegujares*, dispuso que los dos niños, Pedro y Antonio, se pusieran á servir de pastores, ganando la soldada que dan á los zagales en el país, esto es, una fanega de trigo al mes y 25 reales, siendo éste el principal acervo de la familia, con el cual se componia *la mujercita* para tenerla arreglada.

(Concluirá.)

V.

